

Diógenes

Noticiario

EL RUISEÑOR AZUL.

Alberto Ghiraldo, el conocido escritor argentino que vive entre nosotros, acaba de lanzar a la publicidad un tomo que contiene, según se explica en la cubierta del volumen, los poemas inéditos y los poemas olvidados de Rubén Darío, el maravilloso poeta americano cuya obra seguramente aun no ha sido superada en nuestra lengua tanto por la calidad de su inspiración, como por la mágica sabiduría que supo darle a las palabras, pues, como un orífice que engasta piedras preciosas les comunicaba resplandores y sugerencias poéticas que constituyeron en su tiempo una verdadera revolución en la expresión lírica. Pudiera decirse que Rubén Darío nació nada más que para la poesía. Todo su impulso, su fuerza vital, su pensamiento, gira alrededor de la poesía. Es el niño genial que quizá por qué raro milagro de raza nace cantando la belleza del mundo. Es un pájaro que no sabe expresarse de otra manera que lanzando sus trinos.

Alberto Ghiraldo, escritor de recia estirpe y fina sensibilidad, ha dedicado al estudio de la obra del poeta, buena parte de su tiempo. En Madrid las obras completas de Darío se editaron bajo su dirección y aquí en Chile publicó años atrás un epistolario del poeta, con notas y explicaciones de gran alcance e interés literario. Ahora nos entrega este volumen en el cual ha incluido los poemas inéditos y algunos olvidados, aunque no tan

olvidados, porque todo aquello que un día se leyó de Darío persiste en la memoria con su belleza y gracia suprema y con su sinfonía de matices, hechos de música y sentimiento.

Según nos cuenta Ghiraldo, en sus interesantes y atinados comentarios, los primeros versos que se conocen de Darío, datan de 1879, o sea de cuando tenía doce años pues había nacido en 1867. Según el mismo poeta lo explicó en su autobiografía, el escribió versos sin aprender a hacerlos. En las procesiones de Semana Santa y de Corpus, cuando estas pasaban frente a su casa, el niño poeta obsequiaba al Señor del Triunfo, con una lluvia de versos que le brotaban instintivamente. Su mente era como un melódico instrumento que estaba en vibración permanente.

Incluye también Ghiraldo en estas páginas, una sabrosa anécdota de la infancia de Darío. Algunos miembros del Congreso de Nicaragua, pertenecientes al Partido Liberal, propiciaban el envío, del prodigioso niño, a estudiar a Europa, por cuenta del Estado. Se le llevó a una fiesta que se daba en el Palacio Presidencial y es entonces cuando ocurre lo gracioso. Oigamos al propio Darío referirlo. «Fuí invitado—dice—como un número curioso para alegrar con mis versos los oídos de los asistentes. Llego, y tras las músicas de las bandas militares, se me pide que recite. Extraje de mis bolsillos una larga serie de décimas, todas ellas rojas de radicalismo antirreligioso, detonantes, posiblemente ateas y que causaron un efecto de todos los diablos. Al concluir entre escasos aplausos de mis amigos, oí los murmullos de los graves senadores y vi moverse desoladamente la cabeza del Presidente Chamorro. Este me llamó y poniéndome la mano sobre un hombro me dijo más o menos: —Hijo mío; si así escribes ahora, contra la religión de tus padres y de tu Patria, ¿qué será si te vas a Europa a aprender cosas peores?».

Por supuesto que fracasó el viaje del niño Darío, que entonces contaba trece años y a quien se privó de una magnífica oportunidad en los primeros años de su existencia. Pero de todas ma-

neras el debía seguir su carrera portentosa y ser aquello que dice el mismo en su poema «Transformación»:

Yo fui coral primero,
después hermosa piedra.
Después fui de los bosques
verde y colgante yedra.

Después yo fui manzana,
lirio de la campiña;
labios de niña.
Una alondra cantando en la mañana.

Y ahora soy un alma
que canta como canta una palma
de luz de Dios al viento.

RECUERDOS DE TREINTA AÑOS.

Zig-Zag, ha vuelto a editar este libro de José Zapiola que tiene un curioso interés de evocación. Zapiola era un músico y a él se le deben los acordes vibrantes del himno de Yungay, pero, como vemos en estas páginas, sentía cierto atractivo por las letras y aunque no se puede decir que en ellas pudo triunfar pues su libro no ostenta galas literarias de ninguna especie, cabe anotar no obstante, que como cronista de su época tuvo felices aciertos para describir escenas y costumbres de marcado sabor de la tierra y del ambiente que reinaba en esos días.

En el libro de Zapiola vemos con curioso relieve al Santiago de comienzos del siglo pasado. El relato se inicia cuando todavía estábamos en el régimen colonial. Una rápida silueta del Presidente García Carrasco cogida al pasar, en los momentos que acaricia a un niño, nos da una idea totalmente distinta de la que nos proporciona la historia que sólo se refiere al personaje